

## La situación actual de la Iglesia católica (card. Walter Kasper)

I. El tema que me han propuesto no es sencillo. No es fácil, sino más bien imposible, ofrecer en una única conferencia una visión adecuada de la situación actual de la Iglesia católica. Por de pronto, la pregunta: "¿qué se entiende por Iglesia católica?" no es sencilla de responder. Porque la profesión de fe *ecclesia catholica* es común a todas las iglesias históricas: a la Iglesia católica romana, a los greco-católicos, a los ortodoxos o a las Iglesias reformadas. Todas ellas participan de manera diferenciada en la catolicidad de la única Iglesia de Jesucristo. En lo que sigue, yo me referiré sólo a la Iglesia católica romana. A ella pertenecen no sólo la Iglesia católica romana de rito latino, sino también veintitrés Iglesias católicas orientales, con sus respectivas tradiciones orientales. Como sabemos, estas Iglesias se encuentran actualmente en una situación extraordinariamente difícil y necesitan con urgencia nuestra solidaridad.

Todas las Iglesias cristianas suman aproximadamente un 33% de la población mundial. La Iglesia católica comprende, con casi 1.200 millones, aproximadamente la mitad de los cristianos en su conjunto, por lo que es la iglesia cuantitativamente mayor. Comparativamente, hay aproximadamente 800 millones de protestantes, aproximadamente 260 millones de Ortodoxos y aproximadamente 80 millones de Anglicanos. Casi la mitad de todos los católicos vive en América Latina; un cuarto escaso, en Europa; en África, algo más del 15%; en Asia, algo más del 10%, Y en Australia y Oceanía, menos del 1 %.

Los números por sí solos dicen poco. Sólo resultan esclarecedores si se consideran en el contexto de una evolución a largo plazo. A comienzos del siglo XX, había en el mundo 266 millones de católicos; hoy, hay casi 1.200 millones. Por tanto, desde la perspectiva mundial, la Iglesia católica no está en absoluto reduciéndose y, menos aún, muriéndose; está en proceso de crecimiento. Los mayores índices de crecimiento corresponden a África y a Asia. A comienzos del siglo XX, sólo un 25% de los católicos vivía fuera de Europa; al final del siglo, sólo un escaso 25% de los católicos vivía en Europa. En el siglo XX, la Iglesia católica fue puesta, en sentido geográfico, literalmente patas arriba. Europa, el antiguo núcleo geográfico de la Cristiandad, es ahora un centro de preocupación.

La situación en Europa no es, ciertamente, uniforme. Se ha de diferenciar el Norte, sobre todo protestante, del Sur, que es sobre todo católico; la Europa occidental, fuertemente secularizada, de la Europa del Este, con países fuertemente impregnados por la Ortodoxia. De los países tradicionalmente católicos de Europa occidental, Francia está marcada ya desde hace mucho por el laicismo. En la Alemania de las dos confesiones, los números de las dos grandes Iglesias van en retroceso desde la Segunda Guerra Mundial; actualmente, alrededor del 60% de los alemanes pertenece, mitad y mitad, a una de las dos iglesias. En pocos años quedarán justo la mitad de ellos. Irlanda ha experimentado en los últimos dos decenios un descalabro dramático; también en España y, en menor medida, en Italia, la influencia de la Iglesia católica ha disminuido. Polonia es el país donde la Iglesia ha mantenido más fuertemente su carácter nacional, pero incluso allí se aprecian evidentes influencias del secularismo desde el derrumbe del régimen comunista. Las regiones más descristianizadas de Europa son Chequia y la antigua Alemania Oriental.

En el ámbito del mundo occidental, los Estados Unidos de América, debido a su influencia universal, juegan un papel importante. La Iglesia católica es, con casi 70 millones, la comunidad eclesial más grande con diferencia. A ella pertenece el 22% de los estadounidenses. Estados Unidos echa por tierra, desde hace tiempo, la tesis por la cual la investigación científico-técnica debe conllevar, casi naturalmente, la secularización. Aún hoy, en comparación con Europa, las cifras de asistencia regular a la iglesia, son en Estados Unidos relativamente altas. Aunque en los últimos años hay signos de una creciente actitud de crítica y de distanciamiento respecto de la Iglesia. Los escándalos de abusos han provocado una creciente pérdida de confianza. Si los católicos estadounidenses provenían

tradicionalmente de la inmigración europea, hoy aproximadamente un tercio son latinos provenientes de América Central y América del Sur, que con su *charismatic Catholicism* (Catolicismo carismático) han transformado el rostro, hasta ahora blanco-europeo, de la Iglesia Católica. Lo cual es un indicio más de que el peso del Hemisferio Sur en el catolicismo universal ha crecido.

La Iglesia Católica en América Latina, a partir del Concilio Vaticano II, con su opción preferencial por los pobres, se ha implicado en una dirección que ha creado escuela más allá de América Latina. En contextos a menudo de extrema pobreza y de injusticia social, las iglesias pentecostales suponen un reto grande. La Iglesia en el África subsahariana crece vertiginosamente. Mientras que a comienzos del siglo XX en África subsahariana había menos de dos millones de católicos, 100 años más tarde eran 185 millones. A pesar de los graves problemas derivados de la pobreza, el SIDA y los conflictos étnicos e interreligiosos, la Iglesia Católica en África es una Iglesia dinámica, joven y vital. Hay países (como Congo o Burundi) en los que los católicos constituyen más del 50% de la población.

El gran reto del tercer milenio será Asia. Y no sólo por la creciente importancia económica y política de Asia, sino por el hecho de que el Cristianismo, hasta ahora (a excepción de la situación especial de Filipinas). no ha conseguido penetrar demasiado en estos países marcados por las grandes religiones asiáticas y por el Islam (Indonesia, Pakistán, Afganistán, Malasia, Asia Central y otros). Por el contrario, Corea del Sur es un ejemplo claro de que la semilla del Evangelio puede caer en tierra buena, en un país marcado por una antigua tradición asiática y que es, a su vez, muy desarrollado técnicamente. Mientras la Iglesia en Japón se estanca, el número de católicos en Corea crece, especialmente entre profesionales y estudiantes. En China, desde la llegada del comunismo al poder en 1949, el número de los católicos (las así llamadas Iglesia popular e Iglesia clandestina en su conjunto) se ha cuadruplicado hasta los actuales 12 millones (el 1% de la población). De modo que se tiene la esperanza de que también allí, como antes en Corea, la sangre de tantos mártires vendrá a ser semilla de nuevos cristianos.

## II.

No me gustaría seguir maltratándoles con números. Como cristianos, no creemos en estadísticas. Las estadísticas pueden resultar engañosas cuando no se interpretan cuidadosamente. A partir de una interpretación más atenta, de los pocos números que he mencionado, se derivan algunas tendencias que dejan entrever algo sobre la situación actual de la Iglesia Católica y sus retos.

**Lo primero** que salta inmediatamente a la vista es que hoy vivimos un cambio de época, de una Iglesia eurocéntrica a una Iglesia universal global. Evidentemente, la Iglesia Católica era ya fundamentalmente universal; pero, a partir del Concilio Vaticano II, ha venido a ser Iglesia universal, de un modo nuevo, sociológicamente tangible.

El eje de la Iglesia Católica se ha desplazado de Europa al Hemisferio Sur. Mientras que la Iglesia europea va camino de ser, según lo formuló el Papa Benedicto, una minoría creativa, la Iglesia universal sigue creciendo en el Sur global. Esta tendencia se reforzará ya sólo por razones demográficas. La sociedad europea, con sus bajas tasas de natalidad, es una sociedad que envejece, mientras que las sociedades en el Hemisferio Sur, a excepción de China y su política de único hijo, de Japón y de Corea del Sur, y especialmente en África y en Latinoamérica, son marcadamente jóvenes.

Las Iglesias jóvenes no son Iglesias nuevas. La Iglesia es, en todos los tiempos y en todos los lugares, una y la misma. El Nuevo Testamento está escrito en griego. Las confesiones de fe fundamentales para los cristianos fueron formulados en los primeros siglos del cristianismo en el espacio helenístico-romano. Pero son válidas también para las iglesias jóvenes. En este sentido, Europa y, sobre todo, Roma, siguen siendo un importante punto de referencia. La

inculturación del cristianismo en los nuevos contextos sociales y culturales de África y de Asia no significa una ruptura con la tradición, sino un *aggiornamento*, es decir, una apropiación creativa y actualización de la fe transmitida una vez para todos. Por tanto, no están naciendo nuevas Iglesias, sino Iglesias jóvenes, que dan a la anciana Madre Iglesia un rostro joven.

En diversos viajes alrededor del mundo, ha sido para mí una experiencia impactante ver que uno, como católico, está en casa en todos los sitios; en todos se encuentra una persona que, a pesar de las diversas lenguas y culturas, sintonizan en las preguntas fundamentales del ser humano. Proclaman el mismo Credo, celebran la misma Liturgia y se reúnen en torno a la roca de Pedro. Esta unidad en la diversidad y esta diversidad en la unidad es la fuerza de la Iglesia Católica. Con la elección del Papa Francisco, quien como él mismo dijo, viene del otro extremo del mundo, esta universalidad y esta juventud siempre sorprendente de la Iglesia se han hecho evidentes. Nosotros mismos, cardenales ancianos, casi todos con 70 años o más, lo hemos demostrado: la Iglesia es joven, es dinámica. Ella es realmente, *ecclesia peregrinans*, iglesia peregrina.

**En segundo lugar:** El creciente peso del Sur global marcará el rostro de la Iglesia católica del mañana. Tras el Concilio Vaticano II la agenda del mundo occidental estaba marcada en gran medida por el diálogo con la cultura moderna y por el *aggiornamento*, la puesta al día, la actualización de la Iglesia en el mundo moderno. Estas son cuestiones del discurso occidental de la modernización, donde, simplificando, se establece una diferencia entre tendencias más progresistas o más conservadoras. Aun cuando el pontificado actual enlaza sin rupturas con los pontificados de Juan Pablo II y Benedicto XVI, en todas las cuestiones teológicas fundamentales, me resulta muy difícil encajarlo en ese esquema. El Hemisferio Sur tiene otros problemas.

En el Hemisferio Sur el diálogo se ha desplazado al diálogo con las grandes religiones y tradiciones culturales, particularmente de Asia (Hinduismo, Budismo, Taoísmo, etcétera). Nos encontramos sólo en el inicio de este diálogo. A esto se añade el nada fácil diálogo con el Islam. En muchos países de mayoría islámica, los cristianos (algunos calculan que 100 millones de cristianos) son a menudo discriminados, también a menudo reprimidos y perseguidos. Los cristianos son, actualmente y en todo el mundo, la comunidad religiosa más perseguida por causa de su fe. El escándalo es el creciente silenciamiento de esta situación. La cuestión de la libertad religiosa y el diálogo interreligioso han adquirido, por tanto, una nueva actualidad.

Ante todo, en el Hemisferio Sur, están en el orden del día, el problema de la insostenible injusticia en el reparto de los recursos de la tierra, el problema de la pobreza, del hambre, de la salud (SIDA), de la migración y de la vulneración de derechos humanos fundamentales. Mientras en las cuestiones éticas los católicos en Europa son considerados, simplificando, "de derechas", en las cuestiones sociales, a partir de la Doctrina Social de la Iglesia se posicionan, de nuevo simplificando, más bien "a la izquierda" o, mejor dicho, se posicionan junto a Jesucristo, que se hizo pobre por nosotros (2Cor 8,9). Se posicionan junto al Evangelio y su opción preferencial por los pobres. El Papa Francisco se posiciona por esta opción de una Iglesia pobre para los pobres.

Se ha solido preguntar si el Papa es un representante de la Teología de la Liberación o si es cercano a ella. Mi respuesta es doble: el Papa no está con una Teología, sino con el Evangelio. Es, en el sentido originario de la palabra, un Papa evangélico. Por otro lado, no existe *la* Teología (en singular) de la Liberación, sino Teologías de la Liberación (en plural). Entre el peruano Gustavo Gutiérrez, el brasileño Leonardo Boff y el argentino Juan Carlos Scannone (por citar sólo a estos tres representantes) se dan posiciones comunes, pero también grandes diferencias. A mi juicio, el punto decisivo es la cuestión del método, o mejor la cuestión epistemológica del punto de partida y del criterio de la Teología. Simplificando: si se parte de la acción liberadora de Dios en Jesucristo y a partir de ahí se piensa en la liberación social de los pobres, entonces se encuentra en el Evangelio, de hecho, una opción preferencial por los pobres. Eso es totalmente legítimo. Otra cosa es cuando se parte de los

pobres y de las situaciones de pobreza y se convierte en cierta medida a los propios pobres en Evangelio. En ese caso, sin duda, se encontrarán entre los pobres, personas admirables y santas; pero los pobres son, como todos nosotros, pecadores, que necesitan del perdón y de la reconciliación de Dios. No son Evangelio por sí mismos, sino que el Evangelio es Buena Noticia para los pobres (Lc 4,18), que los declara bienaventurados (Mt 5,3; Lc 6,20).

Con esta opción por los pobres, a la Iglesia católica en Europa se le presentan grandes retos. Ante la situación actual, debemos repensar tanto nuestra aportación a la justicia universal como, dado que la paz es obra de la justicia (Is 32,17), nuestra aportación a un orden justo de paz en el mundo. Tales consideraciones contienen un creciente potencial de conflictos. Así, entramos en conflicto con *lobbies* liberales muy influyentes y con poderosos intereses económicos neocapitalistas. También entramos en conflicto con nuestros propios intereses, y no nos libraremos de sacrificios dolorosos.

**En tercer lugar:** En nuestro mundo globalizado hay retos globales comunes. En el curso de la modernización, a través de las ciencias modernas y el desarrollo tecnológico, se hacen perceptibles en todo el mundo, con diferente intensidad y de modo dilatado en el tiempo, tendencias de secularización. En el curso de la globalización y de la modernización, la Iglesia se ve confrontada universalmente, hasta en el último rincón de la Tierra, con una nueva situación cultural, en la que la pregunta acerca de Dios ya no se da por descontada o, a menudo, no se da en absoluto y muchos viven como si Dios no existiese. Para ellos, lo que cuenta son únicamente los criterios económicos de la utilidad y del beneficio, de vivir bien en el sentido de la buena vida y de la carrera. Está creciendo un desierto interior.

Sería un error en toda regla fijarnos sólo en las consecuencias negativas de la secularización y pasar por alto las oportunidades positivas que ofrece. El Papa Juan XXIII forjó un nuevo tono afirmativo, contradiciendo a todos los profetas de calamidades. El Vaticano II rechazó con firmeza el anti-modernismo del siglo XIX y de comienzos del XX, y estableció las bases para una nueva forma de ser cristiano y de ser Iglesia en el mundo de hoy. Reconoció la legítima autonomía de los ámbitos seculares (cultura y arte, ciencia, política, economía, etcétera) y especialmente, reconoció (GS 36, etc.) la libertad religiosa. Terminó con la era constantiniana de la simbiosis entre Iglesia y Estado, que había durado un milenio y medio, y dijo que la Iglesia no reivindica ningún privilegio fuera de la libertad para anunciar el Evangelio y de vivirlo en libertad (GS 76, etc.). Quiere ser Iglesia libre en una sociedad libre. La Iglesia ha lamentado durante largo tiempo (demasiado largo) su pérdida de poder secular; hoy lo sabemos: esta pérdida ha hecho bien a la Iglesia. Se ha liberado, o mejor dicho, ha sido liberada, a menudo contra su voluntad, de mucho lastre histórico, y ahora puede, con una gran libertad, ser solidaria con las alegrías y las esperanzas, con los miedos y las confianzas de las personas, y servirles para el bien de todos y en favor de la paz y de la justicia en el mundo. El Papa Benedicto se refirió a la desvinculación y a la diferenciación (¡no separación!) de los ámbitos secular y espiritual con la palabra "*Entweltlichung*" (des-secularización, des-mundanización), a la que se le han hecho oídos sordos. El Papa Francisco vive en la práctica esta des-secularización en su modo personal de vida.

La nueva situación cultural nos coloca, especialmente en la vieja Europa, el antiguo centro geográfico de la cristiandad, ante la tarea de la Nueva Evangelización. Esta tarea fue formulada ya por el Papa Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975), después por el Papa Juan Pablo II en la Encíclica *Redemptoris Missio* (1990) y finalmente asumido por el Papa Benedicto XVI. El Sínodo de Obispos del 2012, incluyó una vez más la Nueva Evangelización en el orden del día como reto común de todas las Iglesias locales. Es necesario un nuevo impulso misionero. No podemos caer en el derrotismo ni renunciar a la esperanza, como si hoy ya no fuera posible ganarse a las personas de nuevo o de vuelta para la vida de fe cristiana. Esto no tiene nada que ver con una nueva mentalidad de Cruzada. *Proposer, pas imposer la foi* (la fe se propone, no se impone), según lo han formulado los obispos franceses. La misión tiene un carácter dialógico; apela a la libertad, no la reprime.

No hay razón alguna para el derrotismo. Ya sabemos que la secularización no es una ley de la naturaleza que, como consecuencia de la modernización, se imponga necesaria e indefectiblemente hasta acabar con la religión. Así lo entendió Auguste Comte (fallecido en 1857) en su conocida ley de los tres estadios. Él creía poder predecir que la evolución necesariamente nos conduce de la era de lo religioso-místico a la era metafísica y de aquí, a la moderna era ilustrada. Esta predicción no se ha verificado. Hoy, los sociólogos de la religión que hasta los años 70 y 80 defendieron tesis similares, reconocen con asombro un renacimiento y un despertar de las religiones, o bien, de la religiosidad. Es verdad que a menudo dicha religiosidad toma formas poco simpáticas, que van desde los nuevos fundamentalismos hasta el sincretismo de una religiosidad *Do-it-yourself* (una religiosidad de bricolaje), que construye a partir de piezas de las más diversas tradiciones religiosas y con ingredientes de un poco de psicología, una religiosidad *patchwork* (una religiosidad de retales), que se convierte en un *Kitsch* neo-religioso. Desgraciadamente, algunas organizaciones eclesiales tampoco están libres de ello. Pero no es cierto que los movimientos de despertar religioso eviten a la Iglesia. Hay muchos y diferentes movimientos espirituales nuevos, dentro y fuera de las órdenes tradicionales; se pueden recordar las Jornadas Mundiales de la Juventud, o ver lo que sucede cada miércoles y cada domingo en la Plaza de San Pedro en Roma, o en los grandes y pequeños centros de peregrinación, o con la creciente demanda del Sacramento de la Penitencia, y muchas otras realidades. Algo ocurre, y se está gestando despacio y en silencio algo nuevo.

Esto no significa que todos vayan a volver a ser fervientes católicos practicantes. Tampoco lo eran en el pasado, cuando coerciones sociológicas hacían más o menos obvia la práctica religiosa cotidiana. Naturalmente, este camino tampoco nos devuelve a las formas de la Iglesia popular, que conocí en mi juventud, antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial; ni al entusiasmo que experimenté como sacerdote joven durante el Concilio Vaticano II. Sin embargo, tengo la impresión de que algo se está moviendo, algo que nos conduce, no a una nueva Iglesia, sino más bien a una renovada configuración de la Iglesia. De ello hablo en el próximo punto, que es el cuarto.

**En cuarto lugar:** Algunos observadores atentos hablan de una nueva configuración más evangélica de la Iglesia. Obviamente, no se refieren al sentido confesional del término, entendiendo por tal a los protestantes. Se trata más bien de una Iglesia que sea más evangélica, en el sentido de que busque conscientemente su orientación en el Evangelio. En total sintonía con el sentido del Concilio Vaticano II, muchos católicos despiertos viven hoy su vida cristiana de manera más intensa que en los siglos pasados, a partir de la Sagrada Escritura (DV 21-26). Ese es el camino que anduvieron las verdaderas reformas en la historia de la Iglesia. Pensemos en Francisco de Asís. A este contexto pertenece también el redescubrimiento de la dimensión carismática de la Iglesia y el Movimiento Carismático, que desde los años 70, se ha asentado en la Iglesia Católica. En el mundo hay 120 millones de católicos carismáticos.

Para concretar un poco lo que se quiere decir con "estilo evangélico", quisiera enlazar con lo dicho anteriormente. He dicho que el Vaticano II superó el integrismo, la antigua cultura de la unidad entre el ámbito espiritual y el ámbito secular. Con el final del integrismo se acaba también el clericalismo. A los laicos les corresponde, en su misión en el mundo, en el ámbito de la cultura, la ciencia, la economía y la política, una responsabilidad relativamente autónoma. Naturalmente, la Iglesia Católica, de acuerdo con la voluntad de Jesús y de acuerdo con su propia identidad, sigue necesitando el ministerio sacerdotal. Hoy es necesaria una nueva relación entre el ministerio sacerdotal y los cristianos laicos.

La corresponsabilidad de los laicos no es sólo una cuestión de escasez de sacerdotes, de la que en muchos países de Europa se tiene una experiencia dramática. Aunque la escasez de sacerdotes no es un fenómeno europeo, sino universal. Aun cuando los números, con la excepción de Europa, están creciendo, la escasez de sacerdotes fuera de Europa es aún mayor que en Europa. Fuera de Europa, a cada sacerdote le corresponden normalmente el

doble de fieles que en Europa, y en África y en América Latina, hasta cuatro veces más. Muchas Iglesias locales del Hemisferio Sur han encontrado para esta situación una solución de la que también nosotros podemos aprender. Su programa pastoral consiste en formar pequeñas comunidades (*little communities*), lideradas por laicos, muy a menudo mujeres. Se reúnen el domingo, día del Señor, para celebrar juntos la Eucaristía como cima de la vida cristiana (SC 10; LG 11).

Esta es más que una solución de emergencia. Básicamente, volvemos con ella bajo una nueva forma a la configuración original de la Iglesia, según se describe en el NT acerca de las iglesias domésticas. Por las Cartas de Pablo sabemos que, entonces, la Iglesia estaba organizada conforme a las iglesias domésticas (Rom 16,5: *kat' oikon auton ekklesian*; cf. 1Cor 16,19; Col 4,15; Flp 2). La Primera Carta de Pedro (que se podría considerar la primera encíclica de un Papa) se dirige a este tipo de comunidades en Asia Menor, las cuales viven como inmigrantes en la diáspora (1Pe 1,1). Hoy vivimos en otro tipo de situación de diáspora más global, en un entorno social ante el que resultamos extraños. Jesús no predijo otra situación para su Iglesia. Volvemos a los orígenes del Evangelio. Eso no es un motivo para el miedo, sino para la esperanza.

**En quinto lugar:** Seguramente, ustedes esperan de mí una palabra sobre la situación ecuménica. La unidad de los cristianos era una preocupación fundamental del Concilio Vaticano II. Este encargo nos lo dio Jesús mismo la víspera de su muerte, como si nos hubiera transmitido, por así decirlo, su testamento, cuando pidió que todos fueran uno (Jn 17,21). Por eso, el camino del ecumenismo es, como decía Juan Pablo II en la encíclica *Ut unum sint* (1995), irreversible. El diálogo ecuménico, tanto con las Iglesias del Este como con las Comunidades de la Reforma, ha reportado muchos buenos frutos. El resultado más importante es que los cristianos separados no se reconocen como enemigos o como extraños, sino como amigos, hermanos y hermanas en Jesucristo. El único Bautismo nos une. Por eso, hoy podemos ya, salvo en tristes excepciones, trabajar conjunta y amistosamente en muchas cuestiones. Este nuevo modo de relacionarse pertenece hoy y en el futuro a la configuración concreta de la Iglesia.

Aunque también sabemos que el camino hacia la plena comunidad (*communio*) en la verdad y en el amor, sobre todo a la comunión en la Mesa del Señor, no será fácil y tardará en llegar, según las medidas humanas, más tiempo de lo que muchos quieren y esperan. Hemos de tomar conciencia de que, además de lo que nos une, partimos de una comprensión diferente de la Iglesia y, por ello, de una comprensión diferente acerca de la consecución de la plena unidad de la Iglesia. Lo cual vale también para la relación con las Iglesias Ortodoxas. Con ellas compartimos la comprensión sacramental y episcopal de la Iglesia; con ellas estamos ya ahora en una *communio* casi plena (Pablo VI y Benedicto XVI). Pero sobre la cuestión de la universalidad de la Iglesia y, con ella, sobre la cuestión del ministerio de Pedro, se mantienen aún dificultades por superar. Con las hermanas y hermanos evangélicos, últimamente han surgido por desgracia, diferencias añadidas en torno a las cuestiones éticas (matrimonio y familia, aborto, uniones de personas del mismo sexo, bioética, etcétera).

No puedo detenerme, en este sentido, en cada caso. Quisiera sólo señalar el hecho de que el mapa ecuménico ha cambiado sustancialmente los últimos decenios debido a la explosiva proliferación del movimiento pentecostal, que según cálculos fiables cuenta con más de 500 millones de miembros en todo el mundo. Poco se puede conseguir con diálogos teológicos. Tampoco basta con decir lo que, según nuestras convicciones, consideramos equivocado en ese movimiento: el desbordamiento de los sentimientos y la carencia de teología, los métodos de misión agresivos, el evangelio del bienestar, tras el cual se esconde a veces el *Business*, etc. Debemos preguntarnos de modo autocrítico: ¿Qué nos falta? ¿Somos quizá poco pentecostales y demasiado institucionales? ¿Estamos estancados en la burocracia? ¿Somos quizá demasiado doctrinales y poco carismáticos, poco dados a la experiencia? ¿Son nuestras parroquias muy anónimas y posibilitan pocas experiencias comunitarias? ¿Hemos,

de hecho, bautizado pero renunciado a evangelizar? Sólo una autocrítica honesta nos ayudará a avanzar, haciendo posible que el rostro de la Iglesia Católica resulte más atrayente.

### III.

Con las breves consideraciones acerca del ecumenismo, vuelvo como conclusión, a la pregunta inicial: ¿Cuál es el significado propio de "católico"? Como es sabido, la palabra "católico" no se encuentra en el NT. En su significado original antiguo, se refiere a una totalidad inabarcable, que es más que la suma de las partes. Su sentido teológico se enraíza en el primer uso cristiano de la palabra, debido a Ignacio de Antioquía en el siglo II, cuando escribe: "Donde está Cristo, allí está la Iglesia católica" (Carta a los Esmirniotas 8,2). El acta del martirio de Policarpo, que también proviene del siglo II, nos lleva un paso más adelante. El acta adopta la forma de una carta dirigida "a todas las partes de la Iglesia santa y católica extendida por todo el mundo" (*Prescripto*). En dicha carta, Jesucristo es Pastor de la Iglesia católica (19,2). Aquí se llama "católicas" a todas las comunidades esparcidas por todo el orbe (8,1), Y Policarpo es referido como obispo de la Iglesia católica en Esmirna (16,2).

Católica es, por tanto, la única Iglesia de Jesucristo, que vive en las diversas iglesias locales esparcidas por el orbe. La Iglesia única, unida en Jesucristo, vive, así lo ha dicho el Vaticano II, en y a base de las distintas iglesias particulares (LG 23), entre las cuales, como dice Ignacio, la iglesia de Roma tiene la presidencia en el amor (Carta a los Romanos, Proemio).

Catolicidad quiere decir unidad y diversidad. La unidad es una nota esencial de la Iglesia. Puesto que a un solo Dios, a un solo Señor y Mediador, Jesucristo, a un solo Espíritu Santo como alma de la Iglesia, a un solo Bautismo, a una sola fe, le corresponde una sola Iglesia (Ef 4,4-6). Esta unidad no es monotonía sino polifonía en la que concuerdan distintas voces e instrumentos diversos. No es estrecha, sino que se extiende por todo el mundo. El Concilio Vaticano II forzó todas las angosturas y definió la catolicidad como plenitud. La catolicidad es unidad y diversidad de las iglesias particulares, de los distintos carismas, estamentos, órdenes, agrupaciones religiosas, pueblos y culturas (LG 13).

Desde que la Iglesia Católica ha salido del espacio europeo y de su cultura relativamente común, se ha acentuado la tensión. La Iglesia vive hoy en contextos culturales muy diversos, en sistemas políticos diversos y bajo condiciones económicas diversas. Se da una gran mayoría de cristianos pobres y de cristianos que a menudo sufren persecución y una minoría de cristianos instalados, más o menos bien situados. El Pueblo de Dios es una muchedumbre multicolor de cristianos conservadores y progresistas, carismáticos y sobrios racionales, comprometidos y distanciados.

En muchos encuentros con casi todas las Iglesias no católicas, se ha reforzado en mí la convicción de que el ministerio de Pedro como servicio de la unidad es un regalo del Señor a su Iglesia. Con todo, centro no significa centralismo. Ya desde la pura lógica, un centro sólo tiene sentido cuando hay una periferia. Por eso hay sólo un camino, que es hacer más efectivo, más concreto aún, el modelo de unidad de la Iglesia como *communio*, del Concilio Vaticano II, y equilibrar la unidad entre las diversas manifestaciones de la uniformidad centralista y el pluralismo arbitrario. Esto es posible de diversos modos. El camino principal es establecer una relación equilibrada entre Primado y Colegialidad o Sinodalidad. Ambos se complementan y no se contraponen. El Sínodo de los obispos, tal y como está organizado en la actualidad, sólo puede ser un primer paso, aunque incompleto. Muchos esperan del Papa Francisco pasos en esta dirección. Igualmente el principio sinodal que se corresponde con la tradición primitiva y medieval de la Iglesia debería ser reforzado también en el plano de las Iglesias del Este.

Se añade un segundo modo. Ya Pío XII dijo con claridad que el principio de subsidiariedad, entendido como norma de competencia, tiene su validez también en la Iglesia. Lo cual significa que puede haber situaciones que, al no tener que ser necesariamente reguladas en el ámbito

de la Iglesia universal, pueden ser asignadas a los obispos o a las conferencias episcopales. Este tipo de descentralización es ineludible. Por último, es necesario intensificar la *communio* horizontal entre las diócesis y las conferencias episcopales, para hacer más efectiva que hasta ahora la colegialidad en el ministerio episcopal, auspiciada por el Vaticano II. Con todo esto, no se trata de ser menos católico, sino más católico.

Sin embargo, no debemos esperar demasiado de estas y de otras reformas estructurales. La Iglesia está, decíamos, donde está Jesucristo. La Iglesia es, en su configuración institucional, como un sacramento, es decir, signo e instrumento (*LG 1*, etc.) de la generosa acción salvífica de Dios en el mundo y en cada una de las personas. No es una especie de ONU, ni una ONG o una organización filantrópica internacional, ni una asociación cultural. La Iglesia tiene únicamente la misión de dar testimonio del Evangelio de la misericordia de Dios manifestada en Jesucristo, celebrar su presencia salvífica y vivir la vida nueva que le ha sido dada, en la fe, en la esperanza y en la caridad.

La Iglesia no es un fin en sí misma; ha sido constituida para servir, por encima de todas las barreras nacionales y culturales, a la unión y la paz de la Humanidad. Se implica a favor de una globalización que incluye no sólo economía, mercados financieros, tecnología, medios de comunicación y turismo, sino a toda la persona y a toda la Humanidad. La Iglesia se entiende a sí misma como signo e instrumento de la fraternidad, de la paz y de la reconciliación; como germen, vanguardia y figura mesiánica de la unidad escatológicamente reconciliada de toda la familia humana, y como Sacramento de esta unidad salvífica (*LG 9*).

Esa es una pretensión alta, que la Iglesia sólo puede alcanzar, si escucha una y otra vez la llamada de Jesús a la conversión y a la penitencia. La Iglesia está siempre necesitada de limpiar, renovar y reformar su rostro, deformado por el pecado y también, desgraciadamente, por los escándalos (*LG 8*; *UR 4*). La Iglesia es creíble sólo como Iglesia humilde y autocrítica. A la historia de la Iglesia también pertenecen los caminos por el desierto.

La Iglesia no está en crisis hoy por primera vez; lo estaba desde su mismo nacimiento y siempre lo estará. Pero cada crisis, puede convertirse en crisis de crecimiento, en *kairós*, es decir en tiempo de gracia. En este sentido, la Iglesia Católica se encuentra hoy, con muchos dolores de parto, ante una nueva época. Su rostro concreto varía; su esencia y su misión permanecen. Por ello, al dar testimonio en el mundo actual, en imparable transformación y por ello lleno de incertidumbres, de la permanentemente vigencia de Jesucristo, como camino, verdad y vida (Jn 14,16), la Iglesia puede -y, con ella, en definitiva, yo mismo puedo- en un mundo profundamente desconcertado, ser signo de esperanza, *Lumen Gentium*, luz de los pueblos.

Vitoria, 27 de septiembre de 2013